Domingo 21 de junio de 1992

PRIMER PLANO///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

ULTIMAS REVELACIONES DE JOHN K. GALBRAITH

La cultura de la satisfacción

Cada vez que el más célebre de los economistas norteamericanos aplica su lupa sobre la sociedad de su país, el Establishment tiembla. Galbraith es implacable. En sus dos libros anteriores, "El nuevo Estado industrial" y "La sociedad industrial", desenmascaró los errores de la política de Reagan y anticipó muchos de los conflictos actuales. En "La cultura de la satisfacción" —del que se publica un adelanto exclusivo—, retrata el desencanto de los que votaron a Bush para pagar menos impuestos y hoy se enfrentan, sorprendidos, a una grave recesión (páginas 2/3).





LA NUEVA POESIA
8 Juan E. González

6/7
THE BUENOS AIRES REVIEW:
Osvaldo Soriano
Una entrevista

GALBRAITH ATACA DE NUEVO

Satisfechos y poderosos y norteamericanos

Las lecciones de la historia no deben tomarse con ligereza ni sin cuestionamientos. La vida, en particular la vida económica, está en un proceso constante de cambio y, en consecuencia, una misma acción o suceso ocurriendo en tiempos distintos puede conducir a muy distintos resultados. El hundimiento del mercado de valores en octubre de 1929 desbarató las frágiles estructuras de la banca, la inversión y la economía en general de Estados Unidos y llevó a la larga, cruel y dolorosa experiencia de la Gran Depresión. En 1987, en ese mes de octubre tan fatídico para las finanzas, una quiebra similar de la Bolsa, no menos traumática, tuvo unos efectos económicos menos devastadores. En el lapso de los cincuenta y ocho años transcurridos se había hecho carne en la economía norteamericana una serie de normativas públicas —garantía de los depósitos en bancos y en especial en cajas de ahorro, prestaciones de la ayuda social, subsidios de desempleo, fondos de pensiones, sostén de los precios agrícolas, el tácito compromiso público de no permitir la quiebra de ninguna gran empresa, bancaria o industrial— que la había dotado de una capacidad de reacción económica y socialmente provechosa.

Hay, sin embargo, en un marco más amplio, algunas lecciones que perduran. La constante más inmediata es que las personas y comunidades favorecidas por su posición económica, social y política atribuyen virtudes sociales y permanencia política a aquello de lo que disfrutan. Esa atribución se reivindica incluso ante la abrumadora evidencia en sentido contrario. Las creencias de los privilegiados se ponen al servicio de la causa de la satisfacción continua y se acomodan de modo similar las ideas económicas y políticas del momento. Existe un ávido mercado político para lo que complace y tranquiliza. Los que pueden abastecer este mercado y recoger la recompensa correspondiente en dinero y aplausos están fácilmente disponibles.

Así pasó en Roma después de Trajano, cuando el Imperio se puso claramente a la defensiva. La vida en la propia Roma no mostró indicio alguno de asumir la debilidad tan evidente en la periferia: la terrible novedad de que en el Imperio —como volvería a suceder tantas veces en regímenes imperiales— se considerase ya preferible estar fuera que dentro. Hubo ciertamente pocas dudas mucho más tarde, entre la elite felizmente privilegiada y enormemente autocomplacida, aunque higiénicamente desvalida, que rodeaba y sostenía a Luis XIV, a Luis XV y a María Antonieta en París y en Versailles. Un poderoso conjunto de ideas económicas, las de los fisiócratas, afirmaban los principios por los que aquellos tan favorecidos eran recompensados. Estas ideas apoyaban y alababan un sistema económico que devolvía toda la riqueza, descontadas las deducciones insignificantes del comercio y la manufactura, a los propietarios de la tierra, los aristócratas, que vivían, y servían, en la Corte.

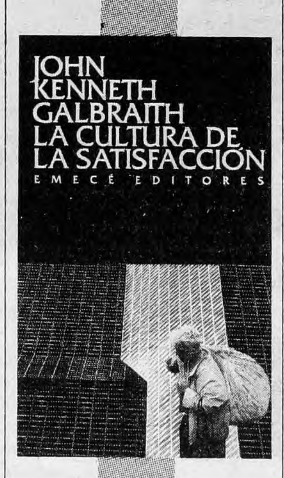
La causa persiste. Los grandes empresarios y sus acólitos, que dominaban la vida política y económica inglesa, alemana, francesa y luego norteamericana en el siglo XIX, y en las primeras décadas del XX, no tenían ninguna duda sobre su destino económico y social, y éste fue diligentemente afirmado, una vez más, por la óptica cómplice de los economistas clásicos. Nadie podría sentirse culpable por la propia fortuna ante una clase obrera que, según Ricardo y Malthus, inexorablemente se multiplicaba hasta hundirse en el nivel de subsistencia, ni tampoco si estaba uno inmerso en un sistema de mercado que recompensaba su esfuerzo de acuerdo con su aportación económica concreta y con su mayor mérito social.

En las primeras décadas de este siglo, resultaban visibles la alienación y las iras que generaban estas actitudes y los abusos y las privaciones económicas resultantes. En Gran Bretaña las medidas del ministro de Economía y Finanzas Lloyd George para mejorar la situación a través de los impuestos, la asistencia médica a los desamparados y, sobre todo, el subsidio de desempleo provocaron una resistencia virulenta por parte de los satisfechos. En 1910-1911, se produjeron una crisis constitucional, dos elecciones y quizá la mayor convulsión parlamentaria desde Oliver Cromwell. Hoy es ya opinión generalizada que las medidas a que tanto se opusieron los afortunados salvaron al capitalismo británico en los años particularmente duros que siguieron a la Primera Guerra Mundial.

Se dieron las mismas circunstancias poco después en Estados Unidos, donde, en 1932, la Gran Depresión, el desempleo generalizado sin subsidio, los desastres agrícolas, los ancianos sin pensiones, la resistencia a los sindicatos y la explotación abusiva en las fábricas de las mujeres y los niños habían planteado serias dudas sobre si el sistema económico norteamericano podría sobrevivir o si, de hecho, era legítimo que lo hiciera. El país era un caldero que hervía de descontento. Sin embargo, los que permanecían favorecidos, lejos de sentirse aludidos, no estaban, una vez más, dispuestos a aceptar las acciones económicas que podían salvarlos. Su voz era tan fuerte que Franklin D. Roosevelt fue elegido para su primer período presidencial por una especie de engaño político. Al mismo tiempo que prometía cambios, reactivación económica y reformas, tranquilizaba a una oposición profundamente satisfecha prometiendo, también, el presupuesto equilibrado y el reducido gasto público que garantizarían en la práctica que no iban a cambiar mucho las cosas. George Bush no fue el primer candidato presidencial a quien hubo que leérsele los labios con un poco de atención.



La elite económica norteamericana vive en una atmósfera de autocomplacencia. No sabe, o no le interesa saber, algo que la historia demuestra: los estallidos sociales suelen producirse en estos períodos de falsa bonanza. Este fragmento de "La cultura de la satisfacción" fue cedido especialmente por Emecé Editores.



La reacción posterior de los acomodados y satisfechos a las reformas de Roosevelt —el New Deal— forma parte de la historia de Estados Unidos. Los opulentos, así como quienes estaban bien situados, invocaron, en principios, las barreras constitucionales a la necesariamente intensificada intervención gubernamental en la economía, contando para ello con el apoyo, durante la mayor parte de los dos primeros períodos presidenciales de Roosevelt, de una judicatura socialmente satisfecha y en consecuencia comprensiva.

Hubo también una vigorosa oposición apoyada en argumentos económicos, y con ella colaboraron numerosas y solícitas las voces de los economistas. Joseph Alois Schumpeter, una personalidad de prestigio mundial, entonces en Harvard, y el sólo ligeramente menos notable Lionel Robbins, de la London School of Economics, se unieron en defensa de la tesis de que la recuperación no podía ni debía llegar a través de la acción del gobierno. La Depresión, con todos sus inconvenientes, era imprescindible para expulsar el veneno del sistema económico. "Nuestro análisis —afirmaba Schumpeter, hablando colectivamente— nos lleva a creer que la recuperación sólo es firme si se produce por sí sola."[1] Edwin W. Kemmerer, de Princeton, el monetarista más alabado de su tiempo, reunió a sus correligionarios en el Comité Nacional de Economistas sobre Política Monetaria para oponerse a los esfuerzos, bastante plausibles, del gobierno a fin de superar la deflación suspendiendo la convertibilidad del dólar en oro.

Hubo también, claro, economistas que apoyaron la política innovadora y protectora del gobierno: Rexford Guy Tugwell, Lauchlin Currie, Harry Dexter White, Leon Henderson, Adolf Berle (que era abogado, por formación más que por inclinación), Gardiner C. Means y otros, pero en las historias de la época se los contempla como excepciones, valerosos a menudo, extraviados a veces, que rechazaban la ortodoxia oficial de su tiempo.

Se consideraba socialmente más estimable la oposición que no intentaba disfrazar o eludir la realidad de la satisfacción. El banquero J. P. Morgan advertía, prestando testimonio ante un comité del Senado: "Si se destruye la clase ociosa, se destruye la civilización". Cuando los periodistas le pidieron más tarde que identificase a la clase ociosa, dijo: "Todos aquellos que pueden permitirse pagar una sirvienta".[2] Para Morgan, la amenaza de Washington no era un problema intrascendente: "La familia de J. P. Morgan solía advertir a las visitas que no mencionasen el nombre de Roosevelt en su augusta presencia, no fuera que la furia le hiciese subir la presión sanguínea hasta niveles peligrosos"[3].

Es hoy opinión generalmente aceptada que la revolución de Roosevelt salvó al sistema económico capitalista tradicional de Estados Unidos y el bienestar de aquellos a los que el capitalismo más favorecía. La vida económica se hizo más estable y segura al reducirse, por adaptación, la cólera y la alienación. Esto no habría sucedido si se hubiesen salido con la suya los que a la larga se salvaron y resultaron más beneficiados. Si en las elecciones de 1932 hubieran tenido plena conciencia de lo que se avecinaba, muy bien podría no haber habido salvación. La energía, el dinero, el interés público y la propaganda que se habrían desplegado ese año con un conocimiento pleno de los cambios inminentes, podrían haber asegurado la derrota de Roosevelt.

No hay duda del tema principal. Es más que evidente que los afortunados y los favorecidos no contemplan su propio bienestar a largo plazo y no son sensibles a él. Reaccionan, más bien, y vigorosamente, a la satisfacción y a la comodidad inmediatas. Este es el talante predominante. Y no sólo en el mundo capitalista, como se le sigue llamando; se trata de un instinto humano más profundo y general.

Hubo un período en la Unión Soviética y, en menor medida, en los países bajo dominio comunista, después de la Segunda Guerra Mundial, en que no se rechazaba, ni mucho menos, al socialismo, la propiedad social de todos los recursos productivos y el control y la coerción política inherentes. Era un contraste agradable con respecto a los restos de feudalismo y a los gobernantes fútiles —los zares de Rusia, más tarde Horthy en Hungría, Pilsudski y sus sucesores en Polonia y otros dirigentes intolerantes, reaccionarios e ineficaces— quienes habían sido desplazados por la revolución. El sistema de planificación y control del socialismo funcionó muy bien para la construcción de los sectores del transporte, del suministro eléctrico, del acero y de otras industrias básicas y, en la Unión Soviética, de la inmensa industria armamentista que hizo retroceder a los ejércitos de Adolf Hitler y desafió luego, en la tecnología espacial y en otras, a los propios Estados Unidos.

El sistema fracasó porque no funcionó con eficacia en el sector agrícola en aquellos países en los que el socialismo se extendió a su reacia industria de transformación de productos agrícolas y a su comercialización. La agricultura funciona bien sólo bajo una forma ampliamente

aceptada y conocida de explotación, la del propio campesino sobre sí mismo, su familia y sus braceros contratados. El sistema tampoco pudo satisfacer la infinitamente diversa e inestable demanda de servicios y productos, que constituye la moderna economía de consumo. Aquí el socialismo, tanto en la planificación como en la administración, demostró ser demasiado inflexible. Puede asombrarnos el atractivo de los a menudo frívolos e innecesarios artefactos y entretenimientos de nuestra época, pero no podemos dudar de la gran atracción que, en último término, ejercen.

El fracaso tuvo otro motivo más grave: no darse cuenta de que hasta el progreso económico más modesto da origen a individuos más diversamente instruidos y motivados, a quienes no puede en la práctica reducir al silencio y excluir de las instituciones que los gobiernan. Así sucede en todos los países industriales sin excepción.

Un campesinado pobre, dispero por el territorio, que trabaja de sol a sol para subsistir, puede, con poco esfuerzo, ser controlado y desprovisto de derechos políticos. Se cuenta para lograrlo con la ayuda siempre disponible de los terratenientes. No puede manipularse del mismo modo a un vasto y funcionalmente inevitable contingente de científicos, periodistas, profesores, artistas, poetas, autoungidos salvadores del alma pública y estudiantes —sobre todo estudiantes— que procuran y exigen participar en la sociedad industrial moderna. La libertad de expresión y la participación del pueblo en el gobierno se proclaman de forma general como virtudes sociales; no se advierte lo suficiente que, superado un cierto nivel de desarrollo económico, pasan a ser socialmente necesarias y políticamente ineludibles.

Eso fue lo que pasó en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria y Alemania Oriental antes de la explosión del otoño e invierno de 1989-1990. Eso pasó, aunque menos espectacularmente y en un período más extenso, en la URSS. El hecho tomó por sorpresa en todos estos países a una elite comunista privilegiada.

Es casi seguro que había claras evidencias del descontento general. Había una política secreta para informar de esos asuntos, y aunque antiguamente la causa de la libertad había sido servida por la incompetencia policial, esto tiene sus límites. En alguno de estos países (R.D.A., Checoslovaquia, Hungría) la televisión hablaba de los niveles de vida y de los goces (y las frivolidades) de los consumidores de las vecinas Austria y Alemania Federal. Llegaban noticias similares hasta de Estados Unidos. La gente se preguntaba, claro, por qué esto le era negado en su propio país.

Para los viejos dirigentes, sin embargo, y para los que se hallaban en prestigiosa asociación con ellos, existía la comodidad de las creencias convenientes. Estaban protegidos en su posición privilegiada por el presunto poder de los principios socialistas, la adhesión a los cuales garantizaba su superviviencia. Se hallaban en la gran e inmutable corriente de la historia definitivamente identificada por Marx y Lenin. Se aceptaba que la transición necesariamente gradual hacia el mundo benigno y definitivo del comunismo total exigiera su propio ejercicio interino del poder —la dictadura del proletariado— que ellos llamaban también la democracia de masas. Los que detentaban el poder no podían más que suponer que se aceptaba esa autoridad. De ese modo, la creencia se acomodaba a las necesidades y a la comodidad de los privilegiados. Así fue hasta el día en que las multitudes tomaron las calles y demostraron, y no sólo para sorpresa de los viejos dirigentes, que si el número es suficientemente grande, no es factible una respuesta armada. Esto se produjo primero en Europa oriental, y luego, en los últimos días del verano de 1991, en la Unión Soviética.

Pocas cosas podrían, en fechas muy recientes, haberse hallado más alejadas del pensamiento aceptado y proclamado que la posibilidad de que los acontecimientos explosivos de la Europa del Este pudieran tener un paralelo en Estados Unidos o quizás en Gran Bretaña. El comunismo había fracasado; el capitalismo triunfaba. ¿Podría alguien ser tan obstinado, tan pesimista, como para sugerir que en el sistema victorioso y en su democracia tan grande, tan alabada, hubiese graves grietas ocultas de modo similar por una fe voluntarista? Las hay, por desgracia. Pero el poder de la satisfacción sobre las creencias es universal; se extiende igual en el tiempo que en el espacio. No lo limitan las relativas trivialidades de la ideología; afecta a todo.

Lo que es nuevo en los llamados países capitalistas —y se trata de un punto vital— es que la satisfacción imperante y la creencia resultante son ahora cuestión de muchos, no sólo de unos pocos. Operan bajo la convincente cobertura de la democracia, aunque de una democracia no de todos los ciudadanos sino de aquellos que, en defensa de sus privilegios sociales y económicos, acuden a las urnas. El resultado es un gobierno que se ajusta no a la realidad o a la necesidad común sino a las creencias de los satisfechos, que constituyen hoy la mayoría de los que votan. Sigue prevaleciendo un consenso tan antiguo como el propio gobierno democrático.

Es preciso añadir unas palabras sobre el tono con que uno escribe un libro como éste. Ese talante ha de ser analítico y no acusatorio, objetivo y, en la medida de lo posible, no comprometido políticamente. Los presidentes y los políticos, individual o colectivamente, pueden ser aconsejados y, cuando corresponde, condenados. Así pueden hacerlo quienes les ofrecen consejo y orientación. Pero esto carece de sentido en el caso de una comunidad como la que aquí trato. Se pueden describir y analizar su naturaleza y sus tendencias. Las consecuencias de sus acciones pueden ser desafortunadas y lamentables, como se expone aquí a menudo, pero no se puede condenar a los responsables; es inútil culpar o fustigar a una comunidad entera.

El autor de un ensayo como éste debe utilizar, en cierta medida, el método del antropólogo, no el del economista o el del teórico político. Al examinar los ritos tribales de pueblos extraños y diferentes como, por ejemplo, los de una lejana isla de la Polinesia, el estudioso encuentra prácticas y ceremonias que le parecen, a veces, personalmente desagradables y, a veces, socialmente aborrecibles. Deben observarse pero no censurarse; la censura de una pauta de vida asentada carece de eficacia.

Sucede lo mismo con la economía política de la satisfacción que yo abordo aquí. Es una cultura de gran interés e importancia, o eso obviamente me gustaría creer. De ahí la necesidad de estudiarla y entenderla. Pero no es un sujeto adecuado para la indignación, ni en el que seriamente puedan esperarse reformas. El antropólogo no ataca los ritos sexuales extravagantes, la automutilación grave y la ocasional autoinmolación de la cultura que estudia, ni espera que cambien; ésa ha de ser, en cierta medida al menos, la actitud aquí.

Esto quizá revista especial importancia en mi caso como autor. He vivido casi toda la vida en el mundo de la satisfacción autocomplacida. En cuanto a los beneficios que otorga esta comunidad, no tengo, en lo personal, ninguna queja. Que esta asociación, de hecho identificación, contribuye a mi entendimiento es algo que, desde luego, me gustaría creer. Me previene, sin embargo, con la misma firmeza contra la utilidad de la crítica y, por supuesto, respecto del valor de las peticiones de reformas. La satisfacción se opone con firmeza, por su propio carácter, a lo que la perturba y, a menudo, como en fechas muy recientes, con potente y sonora indignación. He aprendido esto también por una relación íntima y prolongada. Si no tuviera conciencia personal, experiencia incluso, del carácter de la satisfacción y de su enormemente motivada resistencia al cambio y a la reforma, sería factible dudar de mi aptitud para escribir este libro.

[1] "Depressions", en *The Economics of the Recovery Program* (New York: Whitlesey House, McGraw-Hill, 1934), p. 20. Hay un comentario similar de Lionel Robbins en *The Great Depression* (London: Macmillan, 1934).

[2] Citado en Arthur M. Schlesinger, Jr., vol. 2 de *The Coming of the New Deal: The Age of Roosevelt* (Boston, Houghton Mifflin, 1985), p. 479.

[3] Schlesinger, p. 567.



Best Sellers///

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Amstrong, inicia una cruzada para salvar a los elefantes en Simbabwe. Desde Londres, una joven antropóloga se suma a su lucha.	1	3
2	*American Psycho*, por Bred Easton Ellis (Ediciones B, 15,50 pesos). Un autor polémico y una historia controvertida. Patrick Bateman es joven, rico, psicópata y elegante: viste, almuerza y juega con el mismo refinamiento con que viola, tortura y mata a sus víctimas.	4	25
3	*El plan infinito*, por Isab el Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista Gregory Reeves crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena esfervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	2	27
4	*Vox*, por Nicholson Baker (Alfaguara, 14 pesos). Un hombre, una mujer y un teléfono son los ingredientes con que el inclasificable Nicholson Baker construye la más inteligente y transgresora novela erótica de los últimos tiempos.	10	2
5	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). Esta segunda noveela de Piglia teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer, Elena de Obiera—, y de una máquina de contar, un asombroso relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	8	2
6	*Inshallah*, por Oriana Fallaci (Emecé, 26 pesos). Monumental novela que intenta rendir homenaje a las víctimas de todas las matanzas del mundo. Entre personajes imaginarios, historias semiauténticas y paisajes de guerras reales, se mueve esta defensa a la vida.	3	10
7	*Le gusta la música, le gusta bailar*, por Mary Higgins Clark (Emecé, 15 pesos). El título de esta historia de suspenso es tan sólo el comienzo de un aviso personal. "Varón soltero, 40 años, profesional, busca atractiva mujer de 25-30 años que le guste la música", concluye el clasificado que lleva a la muerte a cualquiera que responde.	6	9
8	*El séptimo mandamiento*, por Lawrence Sanders (Emecé, 12 pesos). Una inspectora de seguros viaja a Nueva York para investigar el violento asesinato de un joyero millonario. Con la ayuda de un detective policial descubre que detrás de la fachada impecable del imperio se esconde una madeja de intrigas y corrupción.	7	6
9	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	5	32
10	*Siempre es difícil volver a casa*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, 12,14 pesos). Cuatro hombres desesperados deciden asaltar un banco y huyen tras ser descubiertos. Su fuga altera por completo la tranquila vida de provincia, afloran viejos rencores y los asaltantes pasan a ser víctimas y no victimarios.	9	4

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Nueva visita para desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	1	10
2	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	2	28
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	51
4	*Te quiero pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BETA, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribió un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	7	3
5	*Fuegos de artificio*, por Daniel Muchnik (Planeta, 13,95 pesos). Un análisis polémico sobre el Plan Cavallo. El autor sostiene que su éxito es aparente y que sus días están contados. Su debilidad, según Muchnik, es la falta de una política de crecimiento sostenido, tanto en el plano interno como en el externo	4	6
6	*Almirante Cero*, por Claudio Uriarte (Planeta, 17 pesos). La biografía no autorizada del almirante Eduardo Emilio Massera. Sus ambiciones desmedidas, sus temibles "ajustes de cuentas" y su proyecto político dan cuenta, además, de la puja entre las Fuerzas Armadas y los siniestros juegos de poder de la última dictadura militar.	—	14
7	*La antidieta*, por Harvey y Marilyn Diamond (Emecé-Urano, 11,80 pesos). El libro que permaneció más de un año en la lista de los más vendidos en Estados Unidos propone una nueva manera de enfocar la alimentación: lo importante no es lo que se come, sino cómo y cuándo se come.	6	39
8	*El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 13,95 pesos). Una revisión crítica de las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX que comienza con el pensamiento de Nietzche y desemboca en el posmodernismo.	9	30
9	*Amate a ti mismo, cambiarás tu vida*, por Louise L. Hay (Urano, 14 pesos). El último capítulo de este libro, un manual de autoayuda basado en *Usted puede sanar su vida*, se titula: "Me veo a mí misma bajo una nueva luz". Para lograrlo, hay que pasar por una larga serie de ejercicios propuestos por la autora.	8	8
10	*Historia de los árabes*, por Albert Hourani (Vergara, 19,80 pesos). La historia completa del conglomerado de países en los que el árabe es la lengua oficial y el Islam la religión más difundida. El autor toma como punto de partida los grandes movimientos históricos, da cuenta de la expansión de la cultura arábica y desemboca en la actualidad.	5	2

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross (Rosario); Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Raúl Mandrini y Sara Ortelli: **Volver al país de los araucanos** (Sudamericana). Un serio —y ameno— intento de comprensión de la maltratada cultura indígena, desde Caseros a la campaña de Roca, con los textos de Mansilla y Estanislao Zeballos como ejes narrativos.

Truman Capote: **Desayuno en Tiffany's** (Sudamericana). Resurrección (o reedición) de Holly Golightly, uno de los personajes más seductores de la literatura norteamericana. Holly no ha envejecido, pero su nuevo envase (la españolísima traducción de Enrique Murillo) le estropea el encanto.

James Joyce: **Ulises** (Lumen). Otra reedición notable. En 1976, el español José María Valverde dio a conocer su laboriosa versión del *Ulises*, que no mejoraba la de Salas Subirat. Ahora, siguiendo la edición crítica de Garland (1984), elimina algunos errores mayúsculos y se acerca a la nobleza del original.

Carnets///

FICCION

Isidoro, el niño

CUANDO ERAMOS FELICES, de Isidoro Blaisten. Buenos Aires, Emecé, 1992. 220 páginas.



Por qué la felicidad se asocia al pasado? La respuesta está en estas páginas: para Isidoro Blaisten, ese vicio que se llama literatura se remonta a la infancia. En estos textos, algunos leídos y otros publicados anteriormente, puede seguirse una historia: la del origen de un escritor. Quizá freudiana, pero sin duda auténticamente literaria, la evocación comienza bajo la frase "no importaba el verdadero significado de la palabra *torera*, el verdadero significado de la verdad, porque la literatura es eso, la más hermosa de todas las mentiras".

Blaisten es en cierto modo un paradigma de argentino: el chico que crece en una cultura bilingüe, la lengua de sus padres usada en casa y el castellano en la calle y en la escuela. El de la escuela, artificial, lleno de *túes* anacrónicos y de *elles* bien marcadas. También de palabras cuyo significado difícilmente se alcanza a comprender. Por eso el niño Isidoro se repliega y empieza a dudar de las palabras. *Duvet, menaje*, y su mágica confluencia final en la figura del Duvet Menajem Begin son divertidas búsquedas que muestran que, más allá de la lógica, hay entre las palabras una atracción cuyo único registro posible es la poesía. Jugando con algunos símbolos ya consagrados, como el espejo, pero a los cuales enhebra con otros emblemas ya familiares a los argentinos —la caja de galletitas Tentaciones o el gato en la sartén de Puloil— o con otros que toma de su propia historia y carga de significado literario, Blaisten reconstruye en su pasado la raíz de la poesía, pero añade un concepto por demás importante: no hay escritor sin poesía, aunque escriba en prosa, porque la poesía está en el centro de la literatura, y si el escritor no es sensible a las palabras nada de lo que haga será literatura (ver "Lector fracasado"), ni tendrá "la maravillosa ambigüedad ni el candor necesario". Porque si el escritor quiere serlo de verdad, sostiene Blaisten, deberá olvidarse de burocratismos (ver "Poeta jubilado se ofrece") y escribir "en noches interminables, en mañanas luminosas, en pensiones malolientes, en salones perfumados, en la inconsciencia de la felicidad, en la lucidez de la desdicha, en la gloria de la salud, en los apremios de la agonía".

Entre otras cosas, el escritor afirma en su bellísima parodia del Aleph que vio todas las críticas y ninguna lo reflejó. Precisamente porque las críticas no son, no deben serlo, un espejo, nunca van a reflejar lo que el escritor quiso decir o creyó que decía. Serán, con toda la modestia del caso, un intento de lectura muy personal, un tímido gesto hacia los otros lectores. Si bien nunca nos bañamos juntos en el mismo río, tal vez podamos compartir esa forma de la felicidad que consiste en recorrer los caminos de la lectura de la mano de este escritor maduro, completo y, por eso mismo, eficaz.

Muchas veces en las páginas de *Cuando éramos felices*, Blaisten habla de una novela que nunca escribe y que, dice irónicamente, ya se ha convertido en objeto de culto.

Cuando el lector cierra el libro, comprende que acaba de leer esa novela: detrás de la trama armada de inquisiciones que miran hacia el pasado, está la auténtica novela, la novela del escritor, que se ha escrito sola. Ni un libro de cuentos es un descanso entre dos novelas ni una novela el logro por fin alcanzado luego de cinco libros de cuentos.

Escrita a los treinta años, esta novela dibujada por detrás de los textos hubiera reflejado el fulgor del deseo, el centellear del porvenir; de esta manera, escrita en la plenitud, es como el recuerdo de ese amor imposible al que alude el escritor, hecho, de una vez para siempre, de la materia de la mejor literatura.

JOSEFINA DELGADO



LA TIERPA CALIENTE, por Paul Bowles. Editorial Alfaguara, 256 páginas.

Es probable que a Paul Bowles nunca le haya importado demasiado esa extraña mezcla de indiferencia y desdén con que la crítica y los escritores norteamericanos fueron recibiendo su obra literaria. Es probable también que, acostumbrado a un prolongado y silencioso anonimato, Bowles haya asistido más bien con sorpresa a la revalorización de la que sus textos han sido objeto en los últimos años.

Se había dicho de él que se trataba de un escritor absolutamente aislado de la gran tradición de la literatura norteamericana de este siglo (lo cual es, en algún sentido, cierto), de un hombre que escribía "como si *Moby Dick* no hubiera sido escrita nunca". Los críticos veían en él a un petulante escritor de libros de aventuras con un extraño estilo que no se ajustaba demasiado bien al género. Error de diagnóstico: el hecho de que

ENSAYO

Ret

VARGAS LLOSA - EL VICIO DE ESCRIBIR, por J. J. Armas Marcelo, Grupo Editorial Norma, 444 páginas.

El voluminoso trabajo de J. J. Armas Marcelo (Las Palmas de Gran Canaria, 1946) se divide en tres partes claramente diferenciadas: una biografía de corte tradicional, una evaluación del tránsito por la política del novelista peruano y, finalmente, una aproximación a la crítica literaria. Advierte Armas Marcelo desde las primeras páginas de su libro que el modelo

FICCION

El Líbano

INSHALLAH, por Oriana Fallaci. Emecé, 1992, 697 páginas.

La periodista Oriana Fallaci alcanzó una fama mundial por sus entrevistas y por su imagen de "mujer dura" que no dudaba en revolearle por la cabeza el *Libro Verde* a Kadafi o en cantarle cuatro frescas al dictador Galtieri. Fallaci conseguía lo que todo periodista bienintencionado anhela pero que todo manual de periodismo repudia: que el reportero sea más importante que el entrevistado. En esta incursión suya por el mundo de la literatura, Fallaci reiteró la fórmula que la hizo famosa: planteos descarnados, un falso objetivismo a la hora de describir situaciones, la puesta en escena de su opinión de los hechos más que los hechos mismos y un incontrolable egocentrismo trasladado a un personaje que actúa de alter ego suyo, un profesor, en este caso: a todo esto se le suma como tema la guerra del Líbano, algo que ella conoce bien ya que estuvo más de una vez en la zona como corresponsal de guerra. Y parece ser que la fórmula volvió a reiterar su éxito. Sólo en Italia *Inshallah* vendió más de medio millón de ejemplares y en la Argentina desde hace varias semanas se mantiene en el "top ten" de los más vendidos.

Más de sesenta personas desfilan por las setecientas páginas de la novela que se postula como un fresco del Líbano actual y como un alegato antibélico. Pedirle sutilezas estilísticas a Fallaci tal vez sea dirigir la mirada hacia un lado que no le interesan ni a la autora ni a los lectores de un libro que sólo buscan un relato realista en el sentido más obvio del término. Pero es imposible soslayar en Oriana Fallaci la postura política de su obra que no se desprende nunca de su visión eurocentrista (y en este caso "eurocentrista" significa también "proisraelí") que la lleva a retratar al pueblo palestino con trazos tan gruesos como burdos. Fallaci no comprende (y en realidad, tam-

Best Sellers///

Ficción

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Amstrong, inicia una cruzada para salvar a los elefantes en Simbabwe. Desde Londres, una joven antropóloga se suma a su lucha.	1	3
2	*American Psycho*, por Bred Easton Ellis (Ediciones B, 15,50 pesos). Un autor polémico y una historia controvertida. Patrick Bateman es joven, rico, psicópata y elegante: viste, almuerza y juega con el mismo refinamiento con que viola, tortura y mata a sus víctimas.	4	25
3	*El plan infinito*, por Isabel Allende (Sudamericana, 13,70 pesos). El protagonista Gregory Reeves crece en un barrio de inmigrantes ilegales en Los Angeles, pasa por la Universidad de Berkeley en plena efervescencia hippie y logra volver "ileso" de la guerra de Vietnam para descubrir que cayó en una trampa.	2	27
4	*Vox*, por Nicholson Baker (Alfaguara, 14 pesos). Un hombre, una mujer y un teléfono son los ingredientes con que el inclasificable Nicholson Baker construye la más inteligente y transgresora novela erótica de los últimos tiempos.	10	2
5	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). Esta segunda novela de Piglia teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer, Elena de Obieta—, y de una máquina de contar, un asombroso relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	8	2
6	*Inshallah*, por Oriana Fallaci (Emecé, 26 pesos). Monumental novela que intenta rendir homenaje a las víctimas de todas las matanzas del mundo. Entre personajes imaginarios, historias semiauténticas y paisajes de guerras reales, se mueve esta defensa a la vida.	3	10
7	*Le gusta la música, le gusta bailar*, por Mary Higgins Clark (Emecé, 15 pesos). El título de esta historia de suspenso es tan sólo el comienzo de un aviso personal. "Varón soltero, 40 años, profesional, busca atractiva mujer de 25-30 años que le guste la música", concluye el clasificado que lleva a la muerte a cualquiera que responde.	6	9
8	*El séptimo mandamiento*, por Lawrence Sanders (Emecé, 12 pesos). Una inspectora de seguros viaja a Nueva York para investigar el violento asesinato de un joyero millonario. Con la ayuda de un detective policial descubre que detrás de la fachada impecable del imperio se esconde una madeja de intrigas y corrupción.	7	6
9	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al Nuevo Mundo como panorámico telón de fondo.	5	32
10	*Siempre es difícil volver a casa*, por Antonio Dal Masetto (Planeta, 12,14 pesos). Cuatro hombres desesperados deciden asaltar un banco y huyen tras ser descubiertos. Su fuga altera por completo la tranquila vida de provincia, afloran viejos rencores y los asaltantes pasan a ser víctimas y no victimarios.	9	4

Historia, ensayo

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Nueva visita para desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación que pone de manifiesto quién ejerce el poder real en el país.	1	10
2	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	2	28
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	3	51
4	*Te quiero pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BETA, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribió un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	7	3
5	*Fuegos de artificio*, por Daniel Muchnik (Planeta, 13,95 pesos). Un análisis polémico sobre el Plan Cavallo. El autor sostiene que su éxito es aparente y que sus días están contados. Su debilidad, según Muchnik, es la falta de una política de crecimiento sostenido, tanto en el plano interno como en el externo	4	6
6	*Almirante Cero*, por Claudio Uriarte (Planeta, 17 pesos). La biografía no autorizada del almirante Eduardo Emilio Massera. Sus ambiciones desmedidas, sus temibles "ajustes de cuentas" y su proyecto político dan cuenta, además, de la puja entre las Fuerzas Armadas y los siniestros juegos de poder de la última dictadura militar.	—	14
7	*La antidieta*, por Harvey y Marilyn Diamond (Emecé-Urano, 11,80 pesos). El libro que permaneció más de un año en la lista de los más vendidos en Estados Unidos propone una nueva manera de enfocar la alimentación: lo importante no es lo que se come, sino cómo y cuándo se come.	6	39
8	*El asedio a la modernidad*, por Juan José Sebreli (Sudamericana, 13,95 pesos). Una revisión crítica de las ideas predominantes en la segunda mitad del siglo XX que comienza con el pensamiento de Nietzche y desemboca en el posmodernismo.	9	30
9	*Amate a ti mismo, cambiarás tu vida*, por Louise L. Hay (Urano, 14 pesos). El último capítulo de este libro, un manual de autoayuda basado en *Usted puede sanar su vida*, se titula: "Me veo a mí misma bajo una nueva luz". Para lograrlo, hay que pasar por una larga serie de ejercicios propuestos por la autora.	8	8
10	*Historia de los árabes*, por Albert Hourani (Vergara, 19,80 pesos). La historia completa del conglomerado de países en los que el árabe es la lengua oficial y el Islam la religión más difundida. El autor toma como punto de partida los grandes movimientos históricos, da cuenta de la expansión de la cultura arábica y desemboca en la actualidad.	5	2

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross (Rosario); Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DEL EDITOR

Raúl Mandrini y Sara Ortelli: **Volver al país de los araucanos** (Sudamericana). Un serio —y ameno— intento de comprensión de la maltratada cultura indígena, desde Caseros a la campaña de Roca, con los textos de Mansilla y Estanislao Zeballos como ejes narrativos.

Truman Capote: **Desayuno en Tiffany's** (Sudamericana). Resurrección (o reedición) de Holly Golightly, uno de los personajes más seductores de la literatura norteamericana. Holly no ha envejecido, pero su nuevo envase (la españolísima traducción de Enrique Murillo) le estropea el encanto.

James Joyce: **Ulises** (Lumen). Otra reedición notable. En 1976, el español José María Valverde dio a conocer su laboriosa versión del *Ulises*, que no mejoraba la de Salas Subirat. Ahora, siguiendo la edición crítica de Garland (1984), elimina algunos errores mayúsculos y se acerca a la nobleza del original.

Carnets///

FICCION

Isidoro, el niño

CUANDO ERAMOS FELICES, de Isidoro Blaisten. Buenos Aires, Emecé, 1992. 220 páginas.

Isidoro Blaisten
CUANDO ERAMOS FELICES
emecé

Por qué la felicidad se asocia al pasado? La respuesta está en estas páginas: para Isidoro Blaisten, ese vicio que se llama literatura se remonta a la infancia. En estos textos, algunos leídos y otros publicados anteriormente, puede seguirse una historia: la del origen de un escritor. Quizá freudiana, pero sin duda auténticamente literaria, la evocación comienza bajo la frase "no importaba el verdadero significado de la palabra *torera*, el verdadero significado de la verdad, porque la literatura es eso, la más hermosa de todas las mentiras".

Blaisten es en cierto modo un paradigma de argentino: el chico que crece en una cultura bilingüe, la lengua de sus padres usada en casa y el castellano en la calle y en la escuela. El de la escuela, artificial, lleno de *túes* anacrónicos y de *elles* bien marcadas. También de palabras cuyo significado difícilmente se alcanza a comprender. Por eso el niño Isidoro se repliega y empieza a dudar de las palabras. *Duvet*, *menaje*, y su mágica confluencia final en la figura del Duvet Menajem Begin son divertidas búsquedas que muestran que, más allá de la lógica, hay entre las palabras una atracción cuyo único registro posible es la poesía. Jugando con algunos símbolos ya consagrados, como el espejo, pero a los cuales enhebra con otros emblemas ya familiares a los argentinos —la caja de galletitas Tentaciones o el gato en la sartén de Puloil— o con otros que toma de su propia historia y carga de significado literario, Blaisten reconstruye en su pasado la raíz de la poesía, pero añade un concepto por demás importante: no hay escritor sin poesía, aunque escriba en prosa, porque la poesía está en el centro de la literatura, y si el escritor no es sensible a las palabras nada de lo que haga será literatura (ver "Lector fracasado"), ni tendrá "la maravillosa ambigüedad ni el candor necesario". Porque si el escritor quiere serlo de verdad, sostiene Blaisten, deberá olvidarse de burocratismos (ver "Poeta jubilado se ofrece") y escribir "en noches interminables, en mañanas luminosas, en pensiones malolientes, en salones perfumados, en la inconsciencia de la felicidad, en la lucidez de la desdicha, en la gloria de la salud, en los apremios de la agonía".

Entre otras cosas, el escritor afirma en su bellísima parodia del Aleph que vio todas las críticas y ninguna lo reflejó. Precisamente porque las críticas no son, no deben serlo, un espejo, nunca van a reflejar lo que el escritor quiso decir o creyó que decía. Serán, con toda la modestia del caso, un intento de lectura muy personal, un tímido gesto hacia los otros lectores. Si bien nunca nos bañamos juntos en el mismo río, tal vez podamos compartir esa forma de la felicidad que consiste en recorrer los caminos de la lectura de la mano de este escritor maduro, completo y, por eso mismo, eficaz.

Muchas veces en las páginas de *Cuando éramos felices*, Blaisten habla de una novela que nunca escribe y que, dice irónicamente, ya se ha convertido en objeto de culto.

Cuando el lector cierra el libro, comprende que acaba de leer esa novela: detrás de la trama armada de inquisiciones que miran hacia el pasado, está la auténtica novela, la novela del escritor, que se ha escrito sola. Ni un libro de cuentos es un descanso entre dos novelas ni una novela el logro por fin alcanzado luego de cinco libros de cuentos.

Escrita a los treinta años, esta novela dibujada por detrás de los textos hubiera reflejado el fulgor del deseo, el centellear del porvenir; de esta manera, escrita en la plenitud, es como el recuerdo de ese amor imposible al que alude el escritor, hecho, de una vez para siempre, de la materia de la mejor literatura.

JOSEFINA DELGADO



FICCION

Las ceremonias del viaje

LA TIERRA CALIENTE, por Paul Bowles. Editorial Alfaguara, 256 páginas.

Es probable que a Paul Bowles nunca le haya importado demasiado esa extraña mezcla de indiferencia y desdén con que la crítica y los escritores norteamericanos fueron recibiendo su obra literaria. Es probable también que, acostumbrado a un prolongado y silencioso anonimato, Bowles haya asistido más bien con sorpresa a la revalorización de la que sus textos han sido objeto en los últimos años.

Se había dicho de él que se trataba de un escritor absolutamente aislado de la gran tradición de la literatura norteamericana de este siglo (lo cual es, en algún sentido, cierto), de un hombre que escribía "como si *Moby Dick* no hubiera sido escrita nunca". Los críticos veían en él a un petulante escritor de libros de aventuras con un extraño estilo que no se ajustaba demasiado bien al género. Error de diagnóstico: el hecho de que Bowles ubicara sus relatos en el mismo ambiente en que se desarrollaba su azaroso itinerario de viajero por tierras remotas confundió a algunos lectores y durante mucho tiempo ubicó a la obra de este neoyorquino voluntariamente exiliado en un lugar que no le corresponde en absoluto.

Sus primeros textos muestran ya ciertas características que persistirán en el resto de la obra: incluso en *El cielo protector* (1949), en donde el estilo es mucho menos parco de lo que será posteriormente, se puede ver, sin embargo, el lugar central que Bowles les da a los personajes y a sus cambiantes estados de ánimo, su rechazo a todo tipo de pintoresquismo, su reticencia a detenerse especialmente en el paisaje.

Pero una década después (ya estaban publicados, además, *Déjala que caiga* y *Un episodio remoto*), Bowles busca nuevos rumbos. "En 1960 —señala en el prefacio a *A Hundred Camels in the Courtyard*— comencé a experimentar con la idea de construir relatos cuyo centro consistiera en elementos dispares y personajes inconexos tomados directamente de la vida y puestos en relación a la manera de un mosaico." *La tierra caliente* —publicada originariamente en 1966 pero que, fiel a esa fastidiosa costumbre de los libros de Bowles de llegar con varias décadas de retraso al español, acaba de aparecer en Buenos Aires— sigue al pie de la letra esta declaración de principios.

La historia comienza cuando los Slade, una pareja de turistas norteamericanos, llegan a Latinoamérica en viaje de aniversario y conocen a una grotesca y desagradable señora —en la línea de la Mrs. Lyle de *El cielo protector*—, con quien comparten una noche de hotel en un pueblo perdido. El matrimonio sigue viaje, el Dr. Slade se entera azarosamente de que la señora murió en un incendio la mañana misma en que la dejaron y le esconde la información a su esposa. A partir de aquí la novela da un giro: si el lector espera averiguar algo sobre esa muerte o presiente que alguno de los personajes comenzará a inquietarse, nada de eso sucede. Llamativamente el interés central recae ahora sobre la relación que los Slade entablan con una pareja del lugar (él, un muchacho rico y extravagante; ella, una hermosísima muchachita que no para de fumar marihuana y soñar con volver a París), sin ninguna relación aparente con lo anterior de la novela. Sin embargo, los diálogos presuntamente triviales resultan inquietantes: una serie de extraños sucesos y una adjetivación que no se condice con la cordialidad de rigor entre invitados y anfitriones crean una atmósfera en la que no sólo los personajes sino también el lector oscilan entre la sospecha y la confianza. Bowles maneja los diálogos y los cambios de velocidad de la narración con una habilidad sorprendente. Las páginas finales, con un ritmo vertiginoso y muy cerca del policial, muestran los hilos de relaciones que unían a estos personajes aparentemente desconectados y resuelven la novela de un modo a medias inesperado en donde el lema parece ser, como en casi todos los relatos de Bowles, que siempre es bueno desconfiar de los anfitriones demasiado amables.

KARINA GALPERIN

ENSAYO

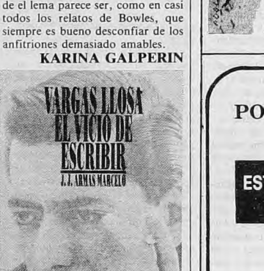
Retrato del vicioso

VARGAS LLOSA - EL VICIO DE ESCRIBIR, por J. J. Armas Marcelo, Grupo Editorial Norma, 444 páginas.

El voluminoso trabajo de J. J. Armas Marcelo (Las Palmas de Gran Canaria, 1946) se divide en tres partes claramente diferenciadas: una biografía de corte tradicional, una evaluación del tránsito por la política del novelista peruano y, finalmente, una aproximación a la crítica literaria. Advierte Armas Marcelo desde las primeras páginas de su libro que el modelo textual escogido para llevar a cabo su labor es una obra del propio Vargas Llosa: *García Márquez. Historia de un deicidio* (Seix Barral, 1971). La advertencia de Armas Marcelo permite, consecuentemente, mensurar el éxito de su intento, a la luz del parámetro explícitamente reconocido.

Historia de un deicidio (jamás reeditado por deseos expresos de su autor luego de la ya folklórica disputa entre éste y García Márquez) es una de las cumbres de Vargas Llosa en la vertiente crítica de su producción. Luego de una introducción de tono personal y coloquial y una semblanza biográfica, Vargas Llosa se aplica a desmontar los mecanismos creativos de García Márquez con la misma pasión y precisión arquitectónicas que caracterizan sus textos más logrados. Vargas Llosa, a esta altura de su obra, es algo más que un alumno aventajado de Flaubert, y ni aun en un trabajo de corte ensayístico como es *Historia de un deicidio* olvida la lección del maestro: la distancia necesaria que debe mediar entre el autor y la obra, la voluntad del autor de quedar borrado del espacio que su propia palabra delinea. Y es precisamente en este punto que Armas Marcelo se aleja del modelo que él mismo eligió. Más allá de la empatía que necesariamente debe enlazar al sujeto y a su objeto de estudio, Armas Marcelo se consustancia hasta el límite de la fascinación con la personalidad y la obra de Vargas Llosa y disuelve en aras de esa misma fascinación un elemental distanciamiento crítico. Armas Marcelo no estudia a Vargas Llosa, toma partido por él, lo que lo lleva a la sentencia indubitable, al juicio de corte apodíctico y, finalmente, al astigmatismo crítico. Metodología desacertada incluso a un nivel grosero de paradoja: la obra de Vargas Llosa no necesita, justamente, defensores, se sostiene sola y de modo holgadamente autónomo; y en cuanto a sus posiciones políticas hacen falta más que adhesiones simbióticas para aprehenderlas, más allá de acuerdos o desacuerdos de corte ideológico.

Con todo, las cuatrocientas cuarenta y cuatro páginas de Armas Marcelo son —y es lo mínimo que se les puede exigir— un cúmulo aluvional de informaciones y datos, y conforman un libro que junto al de José Miguel Oviedo (*Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad*, de Seix Barral, 1982) son hasta el presente hitos obligados para quien quiera acercarse al itinerario intelectual de un autor que, sin lugar a dudas, ya se ha erigido en clásico de la literatura de lengua española.



OSVALDO GALLONE

FICCION

El Líbano explicado

INSHALLAH, por Oriana Fallaci. Emecé, 1992, 697 páginas.

La periodista Oriana Fallaci alcanzó una fama mundial por sus entrevistas y por su imagen de "mujer dura" que no dudaba en revolearle por la cabeza el *Libro Verde* a Kadafi o en cantarle cuatro frescas al dictador Galtieri. Fallaci conseguía lo que todo periodista bienintencionado anhela pero que todo manual de periodismo repudia: que el reportero sea más importante que el entrevistado. En esta incursión suya por el mundo de la literatura, Fallaci reiteró la fórmula que la hizo famosa: planteos descarnados, un falso objetivismo a la hora de describir situaciones, la puesta en escena de su opinión de los hechos más que los hechos mismos y un incontrolable egocentrismo trasladado a un personaje que actúa de alter ego suyo, un profesor, en este caso: a todo esto se le suma como tema la guerra del Líbano, algo que ella conoce bien ya que estuvo más de una vez en la zona como corresponsal de guerra. Y parece ser que la fórmula volvió a reiterar su éxito. Sólo en Italia *Inshallah* vendió más de medio millón de ejemplares y en la Argentina desde hace varias semanas se mantiene en el "top ten" de los más vendidos.

Más de sesenta personas desfilan por las setecientas páginas de la novela que se postula como un fresco del Líbano actual y como un alegato antibélico. Pedirle sutilezas estilísticas a Fallaci tal vez sea dirigir la mirada hacia un lado que no le interesan ni a la autora ni a los lectores de un libro que sólo buscan un relato realista en el sentido más obvio del término. Pero es imposible soslayar en Oriana Fallaci la postura política de su obra que no se desprende nunca de su visión eurocentrista (y en este caso "eurocentrista" significa también "proisraelí") que la lleva a retratar al pueblo palestino con trazos tan gruesos como burdos. Fallaci no comprende (y en realidad, tampoco le interesa demasiado hacerlo) las razones y los móviles políticos que condicionan la realidad de la región. Prefiere disimular su incapacidad con un objetivismo apócrifo y así, su presentación descarnada de la realidad (chicos masacrados, violaciones, muertes y más muertes) termina más cerca del amarillismo de "Nuevediario" que de un alegato antibélico.

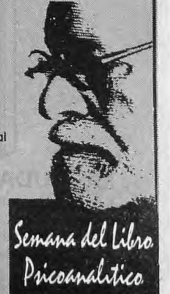
Sin la monumentalidad de Tolstoi, sin la dureza sofocante de Tim O'Brien, sin la profundidad de Boris Vian, la guerra en Oriana Fallaci es una excusa para construir un best seller digerible por los estómagos delicados y occidentales. Hace unos años el destino de *Inshallah* hubiera sido convertirse en miniserie. Ahora, seguramente, se transformará en el telefilm de las nueve. Después del noticiero, por supuesto.

SERGIO S. OLGUIN









Las ceremonias del viaje

Bowles ubicara sus relatos en el mismo ambiente en que se desarrollaba su azaroso itinerario de viajero por tierras remotas confundió a algunos lectores y durante mucho tiempo ubicó a la obra de este neoyorquino voluntariamente exiliado en un lugar que no le corresponde en absoluto.

Sus primeros textos muestran ya ciertas características que persistirán en el resto de la obra: incluso en *El cielo protector* (1949), en donde el estilo es mucho menos parco de lo que será posteriormente, se puede ver, sin embargo, el lugar central que Bowles les da a los personajes y a sus cambiantes estados de ánimo, su rechazo a todo tipo de pintoresquismo, su reticencia a detenerse especialmente en el paisaje.

Pero una década después (ya estaban publicados, además, *Déjala que caiga* y *Un episodio remoto*), Bowles busca nuevos rumbos. "En 1960 —señala en el prefacio a *A Hundred Camels in the Courtyard*— comencé a experimentar con la idea de construir relatos cuyo centro consistiera en elementos dispares y personajes inconexos tomados directamente de la vida y puestos en relación a la manera de un mosaico." *La tierra caliente* —publicada originariamente en 1966 pero que, fiel a esa fastidiosa costumbre de los libros de Bowles de llegar con varias décadas de retraso al español, acaba de aparecer en Buenos Aires— sigue al pie de la letra esta declaración de principios.

La historia comienza cuando los Slade, una pareja de turistas norteamericanos, llegan a Latinoamérica en viaje de aniversario y conocen a una grotesca y desagradable señora —en la línea de la Mrs. Lyle de *El cielo protector*—, con quien comparten una noche de hotel en un pueblo perdido. El matrimonio sigue viaje, el Dr. Slade se entera azarosamente de que la señora murió en un incendio la mañana misma en que la dejaron y le esconde la información a su esposa. A partir de aquí la novela da un giro: si el lector espera averiguar algo sobre esa muerte o presiente que alguno de los personajes comenzará a inquietarse, nada de eso sucede. Llamativamente el interés central recae ahora sobre la relación que los Slade entablan con una pareja del lugar (él, un muchacho rico y extravagante; ella, una hermosísima muchachita que no para de fumar marihuana y soñar con volver a París), sin ninguna relación aparente con lo anterior de la novela. Sin embargo, los diálogos presuntamente triviales resultan inquietantes: una serie de extraños sucesos y una adjetivación que no se condice con la cordialidad de rigor entre invitados y anfitriones crean una atmósfera en la que no sólo los personajes sino también el lector oscilan entre la sospecha y la confianza. Bowles maneja los diálogos y los cambios de velocidad de la narración con una habilidad sorprendente. Las páginas finales, con un ritmo vertiginoso y muy cerca del policial, muestran los hilos de relaciones que unían a estos personajes aparentemente desconectados y resuelven la novela de un modo a medias inesperado en donde el lema parece ser, como en casi todos los relatos de Bowles, que siempre es bueno desconfiar de los anfitriones demasiado amables.

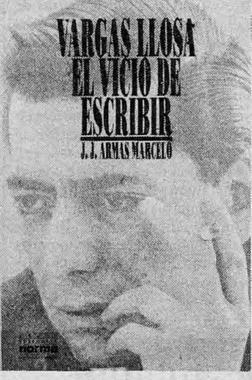
KARINA GALPERIN

ato del vicioso

textual escogido para llevar a cabo su labor es una obra del propio Vargas Llosa: *García Márquez. Historia de un deicidio* (Seix Barral, 1971). La advertencia de Armas Marcelo permite, consecuentemente, mensurar el éxito de su intento, a la luz del parámetro explícitamente reconocido.

Historia de un deicidio (jamás reeditado por deseos expresos de su autor luego de la ya folklórica disputa entre éste y García Márquez) es una de las cumbres de Vargas Llosa en la vertiente crítica de su producción. Luego de una introducción de tono personal y coloquial y una semblanza biográfica, Vargas Llosa se aplica a desmontar los mecanismos creativos de García Márquez con la misma pasión y precisión arquitectónicas que caracterizan sus textos más logrados. Vargas Llosa, a esta altura de su obra, es algo más que un alumno aventajado de Flaubert, y ni aun en un trabajo de corte ensayístico como es *Historia de un deicidio* olvida la lección del maestro: la distancia necesaria que debe mediar entre el autor y la obra, la voluntad del autor de quedar borrado del espacio que su propia palabra delinea. Y es precisamente en este punto que Armas Marcelo se aleja del modelo que él mismo eligió. Más allá de la empatía que necesariamente debe enlazar al sujeto y a su objeto de estudio, Armas Marcelo se consustancia hasta el límite de la fascinación con la personalidad y la obra de Vargas Llosa y disuelve en aras de esa misma fascinación un elemental distanciamiento crítico. Armas Marcelo no estudia a Vargas Llosa, toma partido por él, lo que lo lleva a la sentencia indubitable, al juicio de corte apodíctico y, finalmente, al astigmatismo crítico. Metodología desacertada incluso a un nivel grosero de paradoja: la obra de Vargas Llosa no necesita, justamente, defensores, se sostiene sola y de modo holgadamente autónomo; y en cuanto a sus posiciones políticas hacen falta más que adhesiones simbióticas para aprehenderlas, más allá de acuerdos o desacuerdos de corte ideológico.

Con todo, las cuatrocientas cuarenta y cuatro páginas de Armas Marcelo son —y es lo mínimo que se les puede exigir— un cúmulo aluvional de informaciones y datos, y conforman un libro que junto al de José Miguel Oviedo (*Mario Vargas Llosa: la invención de una realidad*, de Seix Barral, 1982) son hasta el presente hitos obligados para quien quiera acercarse al itinerario intelectual de un autor que, sin lugar a dudas, ya se ha erigido en clásico de la literatura de lengua española.



OSVALDO GALLONE

explicado

poco le interesa demasiado hacerlo) las razones y los móviles políticos que condicionan la realidad de la región. Prefiere disimular su incapacidad con un objetivismo apócrifo y así, su presentación descarnada de la realidad (chicos masacrados, violaciones, muertes y más muertes) termina más cerca del amarillismo de "Nuevediario" que de un alegato antibélico.

Sin la monumentalidad de Tolstoi, sin la dureza sofocante de Tim O'Brien, sin la profundidad de Boris Vian, la guerra en Oriana Fallaci es una excusa para construir un best seller digerible por los estómagos delicados y occidentales. Hace unos años el destino de *Inshallah* hubiera sido convertirse en miniserie. Ahora, seguramente, se transformará en el telefilm de las nueve. Después del noticiero, por supuesto.

SERGIO S. OLGUIN

La Boca, invierno 1992

Osvaldo Soriano

Días antes de viajar a París —donde espera concluir una novela que sigue las idas y vueltas de un espía argentino—, Osvaldo Soriano fue entrevistado por Graciela Speranza. Insomnios, ángeles tutelares y su posición en el fútbol literario vernáculo son algunos de los temas sobre los que conversó para esta nueva sección que aparecerá periódicamente.

GRACIELA SPERANZA

Sube dos tramos de escaleras y se sienta frente a una mesa amplia en la que conviven una viejísima Smith negra, una lap-top Toshiba muy pequeña, café y unos alfajores de Tandil. El escritorio es amplio, rodeado de una biblioteca ordenada que señala más de una vez cuando se refiere a Borges, la Biblioteca de Mayo que compró accidentalmente en una librería de viejo, Joseph Conrad o las Aguafuertes porteñas de Arlt. Desde una foto pegada en la puerta sonríe Bret Easton Ellis, tal vez por la inesperada vecindad con el perfil duro de Dashiell Hammett, casi una provocación. Se enfrentan sin sobresaltos con un banderín de San Lorenzo y una página enmarcada de *Las ilusiones perdidas* de Balzac. Habla sobre literatura argentina, sobre su vida nocturna de escritor, con la transparencia de una confesión. Dice que ha empezado a leer la última novela de Ricardo Piglia y apuesta que esa noche lo volverá a tentar la pereza de la lectura y la novela que escribe tendrá que esperar hasta el día siguiente o quizás hasta París, donde confía en terminarla. El tono pausado en el cuarto silencioso y algún remate coloridamente argentino acuerdan en secreto con la Vuelta de Rocha, a pocas cuadras, o la Calle Caminito desierta en una noche de invierno. Desafiando cualquier pronóstico, no se asoma ningún gato.

—¿Cuándo comenzó a considerarse escritor?

—Creo que empecé a considerarme escritor en un sentido inexorable, cuando terminé *Cuarteles de invierno*. Estaba viviendo en Bélgica, era mi tercera novela y no sé por qué pensaba que lo que tenía que decir un novelista lo diría en cuatro novelas. Tal vez influenciado por Chandler o algunos ejemplos nacionales: Sarmiento, Arlt. Quizá también por la situación personal, por estar viviendo en medio de una lengua con la que no podía ser periodista, que era lo que había hecho en la Argentina —de hecho me ganaba la vida limpiando escritorios—, me di cuenta de que era absolutamente inhábil para hacer cualquier otra cosa que no fuera sentarme a escribir. Recuerdo haberle comentado a un amigo que después de haber escrito tres novelas sentía que iba a escribir alguna otra y que ése era mi oficio, mi destino. Paradójicamente o no tanto, después pasaron muchos años en Francia sin poder escribir, no sé si perseguido por esa idea de lo inexorable o un sentimiento de pérdida de la lengua. Lo cierto es que sólo volví a escribir cuando regresé al país y la próxima novela fue la que más tiempo me llevó y con la que más sufrí. En ese sentido sigo siendo muy chandleriano. Chandler sostenía que cualquier tipo de talento se apaga de golpe, lo cual me dio siempre una especie de terror. Creo que todo escritor honesto sabe que cada novela es empezar de nuevo con terribles dudas de cómo llegar al final, de si será buena o abominable, sabiendo que alguna vez se va a equivocar (aunque prefiere que no sea ésa) y que nadie le asegura haberlo cargado de talento para escribir toda la vida.

—Osvaldo Soriano aparece desenfadadamente como personaje en su primera novela. ¿Dónde se esconde en las próximas?

—Efectivamente, mi aparición en *Triste, solitario y final* era tan desenfadada como gesto de primera novela que estuve a punto de eliminarla. Recuerdo que fue Jorge Di Paola quien en ese momento me dijo que si lo hacía iba a perder una de las mejores ideas de la novela. Supongo que después fui tratando de disfrazarme en el narrador, en algún personaje o repartiéndome un poco en todos.

—¿Cómo recibió el repentino éxito de No habrá más penas ni olvido*?*

—Por empezar fue de un modo bastante extraño. Yo estaba en París y a veces los domingos llamaba a un amigo de *Clarín* que me adelantaba alguna información sobre el país. Un domingo, hacia el final de la conversación, me felicitó por el libro que estaba en las listas de best-sellers. No recordaba el título y yo no podía pensar que fuera *Triste, solitario y final*, después de tantos años. Quedó en averiguarme para el domingo siguiente y efectivamente era *No habrá más penas ni olvido* en una edición que había hecho Bruguera en la Argentina sin consultarme. Inmediatamente me contacté con Bruguera, me confirmaron que el libro encabezaba la lista de best-sellers y me invitaron a la Feria del Libro del '83. Así fue como volví a la Argentina con el raro privilegio de ese fenómeno absolutamente extraño para mí, que aún me sigue sorprendiendo.

—Los títulos de sus novelas recogen una cita de Chandler, Triste, solitario y final*, dos citas de letras de tango,* No habrá más penas ni olvido y Una sombra ya pronto serás*; un giro popular,* Cuarteles de invierno*, y un verso del himno nacional,* A sus plantas rendido un león. *¿Podría definirse su literatura en esa mezcla de Chandler, tango, la condensación de la lengua popular y la nacionalidad?*

—Sin duda es ése el espacio en el que me muevo bien y en el que me moveré siempre con comodidad. No sé si podré salir alguna vez. Respecto de la lengua creo que de lo único que estoy medianamente seguro es de mis diálogos, que son creíbles justamente porque son una ilusión del diálogo. Inclusive en lo que escribo para el diario, que a menudo se mezcla con la ficción, son ésas las cuestiones que están presentes: la pertenencia —que uno no sabe muy bien cómo nombrarla para que no suene rimbombante—, la nostalgia, mi padre, Chandler, mi mundo.

—Las historias de sus novelas condensan momentos de fuertes enfrentamientos políticos y sociales. ¿Cómo trabaja su ficción con la experiencia política?

—Primero detecto el ridículo de alguna situación, su carácter paródico: el peronismo cambiando sus banderas, la aparente victoria en Malvinas, Alfonsín llevando la capital a Viedma, momentos en los que la realidad se sale de quicio. Creo que trato —no sé si trato porque no tengo un proyecto a priori— pero en todo caso intento exacerbar la situación para que se perciba con mayor claridad el ridículo. Supongo que, pensando en la nacionalidad, también intento responderme algunas preguntas: ¿qué somos? ¿qué hemos hecho? Hay maravillosos estudios sobre estas cuestiones, de David Viñas a Piglia o a León Rozitchner. Yo simplemente trato de darle una vuelta de tuerca en la cual todos nos sintamos implicados, incluido el que escribe, desacralizándolo todo desde la propia literatura. Creo que muchos de mis lectores, sobre todo los más jóvenes —he descubierto que mis lectores son cada vez más jóvenes—, se hacen estas preguntas y tal vez encuentran respuestas bastante directas, con humor. Hablo en serio, justamente por eso puedo darle una vuelta de humor.

—¿Cómo imagina a sus lectores?

—No lo sé. No hay un lector, no hay dos adolescentes iguales. Supongo que comparten algunos elementos básicos que tienen que ver con preocupaciones por la pertenencia, por los héroes, los antihéroes, el fracaso, temas que recorren mis libros y que están también en mis lecturas: cierta generosidad en el momento del desastre. Y creo que en el caso de los jóvenes allí debe haber cosas compartidas porque son valores que están también en las buenas historietas. Tal vez en el fondo sea tan simple como alguien que se dice quiero leer un libro y no me quiero aburrir.

—Novela negra, historieta, está escribiendo un relato de espionaje ¿los géneros ayudan a narrar?

—A esta altura uno es consciente de que el género le da un molde al que después podrá darle la vuelta de tuerca que quiera, que en el caso del policial podrá ser la vuelta de Eco como tantas otras. Lo mismo sucede con las novelas de amor, que escasean hoy. Casi siempre hay un triángulo o una sospecha. Uno podría leer *Ana Karenina* como un folletín maravilloso. En el caso de esta novela que estoy escribiendo, trabajo con el imaginario de lo que debe ser una novela de espías. No soy un lector del género, salvo algunas novelas de Graham Greene donde el espionaje es un mero pretexto. Creo entender que lo que busco ahí es un mirón. Me imagino una convención: hay que enterarse de algo. Y también me interesa ese mundo solitario del espía. La novela de hecho surgió un día en que me encontré con un espía argentino enterrado en París al lado de la tumba de Raymond Rousell; un ilustre imbécil que si cuando se murió le pusieron una placa que decía espía era porque todo el mundo ya lo sabía. Me pareció muy emblemáticamente argentino, sobre todo por estar fuera del país, circunstancia que lo hace más falsamente patriota y más patéticamente caricaturesco.

—Raymond Chandler decía que reconocía ser malo para las tramas y para la construcción. Como escritor, ¿reconoce alguna dificultad secreta o evidente?

—Sin duda, confesables o inconfesables. Si uno es honesto sabe hasta dónde puede llegar. Aunque trato de manejarlo, sé por ejemplo que tengo dificultades con los personajes femeninos. Tendrá explicaciones en mi infancia, mi madre como única figura femenina, el machismo de los pueblitos del sur, no lo sé. De todos modos me da mucho miedo el clisé. Y estoy convencido de que la mayoría de los varones que escriben mujeres, generalmente hacen varones disfrazados de mujeres. Esto aun en los grandes escritores. Trampean. Contrariamente Scott Fitzgerald, por ejemplo, ha logrado sonar como una mujer, hasta tiene narradoras femeninas. Por otra parte todos tenemos ciertos registros y es muy difícil salir de allí. Yo no me veo escribiendo un monólogo interior. Sé que hay una voz que no es ni siquiera la de uno; es la que uno ha recogido como suma de experiencias y es medio definitiva. Desconfío mucho de esos escritores que no son ellos mismos, que en cada libro son otro. Por el contrario, hay escritores que sin ser muy grandes, si uno encuentra una hoja suelta y la lee, se reconocen por su voz. Creo que esa voz, por más que uno la cambie, la imposte, la baje de registro, o la suba, debe estar y es intransferible.

—Pensando en la persistencia de una voz, un tono, un estilo, ¿cada novela es un desafío narrativo total-

Soriano a media tarde, en el barrio. Arriba, una página de la novela que está escribiendo.

mente nuevo? ¿No surge la tentación de "aprovecharse del impulso adquirido", como decía Cortázar que decía Gide?

—En la medida en que uno no se crea un escritor capaz de cualquier cosa, siempre es empezar de nuevo. Sobre todo si uno tiene respeto por sí mismo y por los demás. Uno se reescribe a veces. Hay momentos de transición donde uno necesita saber dónde está parado, adónde ha llegado, qué elige de lo que ha hecho. Creo que no se sabe nunca qué se hará mañana. Ese es mi caso, al menos. Conozco algunos escritores que me cuentan seis novelas y dicen que lo único que les falta es tiempo. En mi caso yo sé que hay una voz que está en todas las novelas, que será buena o mala pero es la mía y no la puedo cambiar. Es como la voz de un cantante: si uno es Fito Páez no puede ser Charly García. Creo que esto es explicable por las lecturas, por lo que fuiste eligiendo y rechazando en la vida, por los hombres y las mujeres que conociste. Es algo que a mí me interesa mucho y puede sonar muy dogmático pero cuando la voz no la reconozco, cuando me digo se está disfrazando —disfrazando mal, porque todos nos disfrazamos— sé que la página no funciona. Hay momentos en que uno se dice: acá se metió Miguel Montero y yo estaba con Angel Vargas.

—¿Cómo ocultarse entonces?

—Probablemente el desafío en cada nueva novela es dónde esconderse: detrás de un arbusto, abajo de la tierra. Que no te vean que sos el mismo de *Triste, solitario y final* o *Cuarteles de invierno*. A veces se consigue y a veces no. A veces me paso de la primera persona a la tercera para desprenderme de la voz que me queda pegoteada de la novela anterior. Ahora por ejemplo me costaba mucho desprenderme de la voz de mi última novela. Tengo una especial debilidad por *Una sombra ya pronto serás*; hay cosas que creo que salieron bien y querría volver a hacer, pero ya están hechas. Entonces me disfrazo y sigo.

—¿Va a su biblioteca en busca de auxilio en algún momento?

—Generalmente cuando uno se queda empantanado. Mirás tu biblioteca y decís: pero si todos estos tipos terminaron... Vas a ver y te parece que no se empantanaron nunca. En esos casos uno busca al azar: busca Arlt, busca Calvino, Conrad.

—¿Busca soluciones o busca consuelo?

—En la época en que me había empantanado con *A sus plantas rendido un león*, tuve insomnio. Leí el texto de Scott Fitzgerald sobre el insomnio *El Crack up* y era tan exactamente ese mismo drama y la superación de ese drama que me ayudó. Lo otro es cuestión de paciencia; nadie puede hacer nada por vos. La situación es graciosa cuando uno logró terminar y es desesperante cuando no lo consiguió; esos momentos en que nada te puede ayudar, ni los libros, ni los amigos. Sólo te queda apretar al gato, y en todo caso olvidar.

—En algún momento describió la narrativa argentina contemporánea en las colocaciones de un cuadro de fútbol. Se reservaba el número 9, contundente y eficaz. Para continuar con la metáfora futbolística, ¿cómo se lleva con el resto del equipo?

—Hablo con el número 8 o con el 3, como pasa en el fútbol, de a grupitos. Nadie quiere hablar del tema pero uno sería muy ingenuo si no sintiera la hostilidad. Por supuesto hay escritores con los que me llevo muy bien, cuya obra me interesa. Pero creo que falta una suerte de respeto mutuo, de aceptación de la diferencia. Además, por lo general en este ambiente, la pedantería es sólo comparable a la del mundo del box. Por suerte, tengo otros espejos que me han malcriado: el reconocimiento en Italia, la publicación de editores considerables, de Einaudi a Alfred Knopf en Estados Unidos. En ese sentido, me conformaría con que aquí me reconocieran un espacio en la diferencia. Que me digan: muy bien, usted es Alejandro Dumas hijo, cuenta historias, puede sentarse a la mesa.

—Su trabajo periodístico acompaña desde sus inicios sus ficciones. ¿En qué medida se alimentan mutuamente?

—El periodismo me ayudó mucho en el tiempo en que uno es ayudable, cuando es muy joven. Yo tuve a Timerman de director, que era muy duro pero me dejaba probarme. Intentaba tonos en el diario y los lunes me alentaba el comentario de los compañeros. Después ya es más complejo porque cada escritor vive en realidad de otra cosa, mejor o peor: editor, periodista, traductor. De modo que el periodismo es una mezcla de las ganas de decir algo y luego la obligación de decirlo cada tantos días. En 120 líneas hay que contar una historia que tenga interés y entonces uno le da un atractivo ficcional. A veces permite decir algo que tenés muchas ganas de decir, algo que te ha conmovido mucho. Pero el género indudablemente tiene que ver con ganarse la vida. En todo caso, me persigue la idea de no repetirme. Me aburro si no encuentro algo nuevo. Me gustó escribir durante los mundiales de fútbol para Italia. Me di cuenta de que los lectores italianos estaban hartos del periodismo deportivo obvio y que a ningún intelectual le interesaba el fútbol. Esto me permitía inventar impunemente: el hijo de Butch Cassidy dirigiendo partidos, mundiales que no existieron, jugadores que leían a Hegel, a Marx y Engels, citas de Spinoza en medio de un penal. Eso tiene mucho que ver con mi mundo; sé lo que es el momento crucial de tirar un penal o de atajarlo. Una vida puesta ahí, un instante intransferible, muy difícil de contar. Para hacerlo vivir como tal hay que ponerle mucha ficción para darle una verdad que en sí misma parecería evidente. Ahí está Peter Handke para construir una hermosa historia con eso.

—¿En esa mezcla, en esos momentos, está otra vez su apuesta en la literatura?

—El cuerpo y la cabeza están estrechamente ligados. Creo que uno podría leer la vida profunda de un escritor leyendo sus ficheros, sus pasiones. Pero pareciera haber dos zonas de prestigio social muy diferenciadas, una que es la del cuerpo, que es Gabriela Sabatini, etcétera, a quienes no se les pide que piensen, y lo que es peor, si piensan no se los acepta y por el otro lado el caso nuestro, en que, salvo en el caso de Hemingway tal vez, el cuerpo está totalmente vedado. Para ser sinceros, por un escritor que no tiene alguna pasión, no doy cinco centavos. Alguna, no importa cuál, un hombre, una mujer, la conversación, la amistad, el odio. Si no se es un desaforado ¿se puede escribir? Conozco raramente un escritor moderado. Pasiones bajas o altas, desde la pasión por los inventos de Arlt, la espantosa pasión de Celine, hasta la pasión por las mujeres de Bioy. Sé que todo esto está negado de plano y lo digo casi como una provocación. Pero el tiempo ha probado que lo que perdura en la literatura es eso: Flaubert, Madame Bovary.

EL CAZADOR OCULTO

Luis Prol, secretario de Hidrocarburos; **Mauro Viale**, animador.

LP: No hay ningún radical que pueda hacer (esta lucha contra la corrupción) con la misma altura y la misma seriedad con que lo hemos hecho nosotros (los peronistas) durante muchos años, poniendo en juego nuestro pellejo.

MV: Me parece muy absolutista eso, muy absoluto. ¿No hay ninguno...?

LP: Está bien. Puede haber alguno...

La mañana. ATC. 9 de junio, 9.40.

Graciela Alfano, animadora; **Salomón Barg**, médico.

GA: Ya va a hablar, Samuel. Usted está muy calladito...

SB: Salomón...

GA: Salomón, ¡qué divino!...

Graciela & Andrés. ATC. 12 de junio, 15.05.

Susana Giménez, animadora.

¡Uy! Mirá lo que es ese Susy-Bingo. Es... el... Susy-móvil. ¡Basta! No puede ser que me equivoque siempre.

Hola, Susana, te estamos llamando. Canal 11. 10 de junio, 14.30.

Susana Giménez, animadora; **Pablito Ruiz**, cantante.

SG: En el último tema, nos vas a cantar otro tema... En el otro... En el último bloque... Estoy fatal hoy. Y bueno, es un programa en vivo, vos sabés cómo es un programa en vivo.

Hola Susana, te estamos llamando. Canal 11. 10 de junio, 14.39.

Susana Giménez, animadora; **Mary**, televidente.

SG: Vamos a nuestra primera comunicación con el Susy-móvil. ¡Adelante, Villa Lugano! (...) ¿Hola, quién habla?

M: Mary.

SG: Mary. ¿Vivís en Villa Lugano?

M: No, en Monte Grande.

SG: ¡Ay, qué horror! Si (el Susy-móvil), está en Monte Grande...

Hola Susana, te estamos llamando. Canal 11. 15 de junio, 14.12.

LA NUEVA POESIA

De ella se decía

JUAN E. GONZALEZ*



1.

Camina entre la niebla
con un bolso
atravesado en las espaldas
y va escuchando
el mensaje de las voces
que empiezan a rodearla

de dónde vienen y
en qué lengua hablan
cuando dicen su nombre
saldrán de su boca o dejarán
brotar todos los sonidos
que almacenan los idiomas
acaso escucha eso
o el diálogo de sus dedos
en los zapatos

camino sobre gemas grávidas
que me dejan atónita
alguien me dicta la palabra
casa o árbol
y me convierto en las
voces que me rodean
y separo la tierra de las aguas
o abro las semillas
y las arrojo de mi bolso
estoy aquí para servir la mesa
cenemos juntos
escuchemos a miles davis
o las voces de los beatles.

2.

En la memoria de la mar océana
quedó grabada
la redondez terráquea del globo
que brilla en el cuarto
donde ahora está leyendo
o mirando la luz
que atraviesa el espacio o
la sábana cubierta de trigaza
donde anidan sus sueños o
las huellas que hechizan
la escritura de los libros
o asedian
la jungla de sus ojos
que bailan marineras por el sur

basta ya dice
no quiero que te asomes
a lo que despiertan mis ojos
porque tengo sueños
que se escuchan o jadean
en otros sitios
o en la música que tocan
los trovadores provenzales
en las gargantas del tibet.

3.

Pasó por el fondo de la casa
y llevaba una falda roja
su rostro era alegre
muy parecido a las hojas
tiernas de algunas plantas
que dan flores en esa
estación del año

de ella se decía que siempre
estaba en las nubes
que no sabía enhebrar
ni siquiera una aguja
pero sus dedos eran ágiles y
su cuerpo exhalaba
un perfume que impregnaba
las huellas de sus pies

no sabía leer
pero escribía en el cielo
historias que sólo ella
entendía y contaba
por las calles en los oídos
de las esquinas y
su voz se deslizaba
por las acequias llenas de mora.

** Nació y vive en Tucumán. Autor de El grito en el cielo (1982), finalista del premio Adonais; Pasión de la tribu (1988), Tribulaciones de la lengua (1989) y Cartas de Andrea de Azcuénaga (1991). Durante nueve años residió en España. Sus poemas y ensayos aparecieron en revistas de Italia, México y Venezuela. Los textos inéditos de esta página son parte de su próximo libro.*